

dominio del ducado de Bretaña, las rindiesen, entregasen y librasen á los señores que el rey enviaba con este objeto.»

Pero estos barones, por poderosos que fueran, no eran toda la Bretaña. El vizconde de Rohán, que en seguida se arrepintió de su juramento, y Juana de Penthièvre en persona organizaron la insurrección. Cuatro jefes militares y cuatro jefes civiles fueron secretamente designados para ponerse al frente de la resistencia; en el mes de mayo de 1379 llamaron otra vez al duque Juan IV. Este partió de Southampton con doscientos hombres de armas, y desembarcó el 3 de agosto en Dinard, á la entrada de la Rance. Las costas de la bahía estaban llenas de una multitud de nobles, de clérigos, de burgueses y de aldeanos vestidos con sus mejores trajes. Cuando el duque saltó á tierra, ellos se arrodillaron.

Las hostilidades, que empezaron poco después, fueron insignificantes. Algunas bandas de bretones fueron á saquear las fronteras de Normandía y de Bretaña. Una flota española, enviada por Carlos V, hizo inútiles tentativas delante de Guérande y del Croisic, después á la entrada del Morbihán. Du Guesclín no adelantaba nada: «Estaba pesaroso, no podía más,» siendo demasiado bretón para obrar contra la Bretaña, y demasiado francés para abandonar á su rey; procuraba negociar, y el duque de Anjou, enviado á la frontera de Bretaña como lugarteniente del rey, hubiera querido igualmente entrar en negociaciones.

Es posible que Carlos V dudase entonces de la fidelidad de Du Guesclín. El condestable tenía enemigos cerca del rey; el señor de la Rivière insinuaba que era «de la banda del duque de Bretaña.» Juan le Mercier hacía, indudablemente, peores insinuaciones contra él: en ocasión muy reciente el condestable le había tratado «de hombre sucio, traidor y ladrón al rey de Francia.» Cuando Du Guesclín vió que le hacían tan flaco servicio, tuvo «muy gran duelo» y quiso alejarse, y hasta volver á España, según se decía. Pero el descontento del rey se había exagerado: por su parte los duques de Anjou y de Borbón fueron á Pontorson á encontrar á Du Guesclín, y éste, háyase dicho lo que se quiera, conservó su espada de condestable. Fué á servir al rey fuera de Bretaña, contra las compañías.

VII.—La muerte de Du Guesclín (1)

Los bandidos, aparecidos nuevamente con la guerra, habían recommenzado el curso de sus hazañas en los países vecinos de las fronteras anglo-francesas, sobre todo en la vertiente meridional de la Meseta Central. Al lado de los jefes que tienen un pasado bien repleto, pero que parecen infatigables, como los dos gascones Bertucat de Albret y Bernardón de la Salle, aparece una nueva generación de capitanes que valen tanto como los antiguos. Froissart ha referido las odiosas hazañas del bretón Geoffroy Tête-Noire y del escudero lemosín Aimerigot Marchès. El mal que hicieron fué infinito. Los cónsules de Bergerac nos han dejado, de los daños sufridos por su país desde el 20 de febrero de 1379 hasta el

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, 1887. P. Durrieu, *Les gascons en Italie*, 1885. Labroue, *Le livre de vie et les seigneurs du Périgord blanc*, 1891. Boudet, *La Jacquerie des Tuchins*, 1895.

15 de junio de 1382, una lista curiosa que titularon el «Libro de vida:» es «el recuerdo de los grandes males y perjuicios causados é infligidos á los habitantes de la villa y castellanía de Bergerac por las personas y malhechores más abajo nombrados, y los días y los años en los cuales estos daños han sido hechos, causados y perpetrados, y la naturaleza de estos daños. Han sido inscritos aquí para que se recuerden, á fin de que en el porvenir, cuando haya llegado el tiempo, los referidos malhechores puedan ser castigados por buena justicia, y es de pensar que no llevarán sus pecados al infierno, sino que, para todos los demás que quisieran causarnos perjuicios, ellos servirán de ejemplo.» Toda la enumeración es lastimosa, y es la historia de muchos países: Millau está exhausto á fuerza de rescates y de impuestos; es preciso destruir los arrabales y encerrarse dentro de los muros; en los alrededores de Saint-Flour, los bandidos, establecidos en Carlat, son los amos; como ya no hay trabajo posible, gentes de los arrabales y aldeanos se organizan en bandas y van al merodeo por su cuenta.

El condestable marchó, pues, hacia el Langüedoc con trescientos hombres de armas. Atravesó la parte más perjudicada de la Auvernia y del Gévaudan. En los primeros meses del año, Bertucat de Albret y Pedro de Galard habían instalado sus compañías en las diócesis de Saint-Flour y de Mende, en Chaliers y en Châteauneuf-de-Randon. El duque de Berri ayudó al condestable á tomar Chaliers á primeros de julio; después Du Guesclín fué á poner sitio delante de Châteauneuf.

Allí cayó enfermo y pronto se sintió morir. Entregó su espada al mariscal de Sancerre para que la llevara al rey. Entretanto la plaza había agotado los recursos, y las llaves de la misma se llevaron al condestable «en su pabellón, donde estaba acostado en su lecho de muerte, y las recibió en nombre de su soberano señor el rey de Francia.» Después se encomendó á Dios, á la Virgen, al rey, á los hermanos del rey «y á toda la sangre noble de Francia y en general á todos, nobles, prelados y pueblo de todo el reino de Francia. Y poco después de haber tenido y recibido muy devotamente los santos sacramentos, acabó sus días y entregó su espíritu á Dios.» Según otra versión, había ya muerto cuando fueron entregadas las llaves, lo cual hace decir á la *Crónica del buen duque Luis de Borbón*: «Nunca sitió plaza que no se rindiera á él, vivo ó muerto.» El cadáver de Du Guesclín, después de haber sido embalsamado, fué llevado á París y más tarde depositado en Saint-Denis en una bóveda, muy cerca de aquella otra que debía recibir los restos de Carlos V.

CAPITULO V

FIN DEL REINADO

I. La visita del emperador Carlos IV.—II. El regreso del papado á Roma y el cisma.—III. Últimos momentos del rey.

I.—La visita del emperador Carlos IV (1)

En los últimos años del reinado, dos acontecimientos preocuparon al rey y al reino; uno, de mediano efecto, la visita solemne del emperador; el otro, de

(1) FUENTES.—*Grandes Chroniques de Saint-Denis* (Chronique de Pierre d'Orgemont), edición París, VI, 1838. Sobre las

grandes y graves consecuencias, el cisma de la Iglesia de Occidente.

En el otoño de 1377, Carlos V recibió una carta autógrafa del emperador Carlos IV, quien le anunciaba que pronto vendría á cumplir una peregrinación á Saint-Denis y á Saint-Maur-des-Fossés. Esta visita imperial era como la consagración de las victorias alcanzadas por el rey de Francia en los últimos diez años. ¿Tenía el emperador, al venir á Francia, una intención política determinada? ¿Los éxitos de Carlos V le hacían desear una alianza activa con él, en lugar de la vaga amistad que existía hasta entonces y que no siempre había estado exenta de alguna nube? Preocupado con el pensamiento de su próxima muerte, ¿quería asegurar el apoyo de Francia á su hijo, el rey de los romanos, Wenceslao, que en efecto tendría gran necesidad de apoyo para hacerse elegir emperador, puesto que no era querido en Alemania? ¿O bien, finalmente, no tenía otro designio que pasear su dignidad imperial en un viaje solemne y volver á ver el país y la corte donde había pasado algunos años felices de su juventud?

Acompañado de Wenceslao, el emperador llegó por Cambrai, villa imperial, á la que fueron enviados el señor de Couci, Bureau de la Rivière, Juan le Mercier y algunos otros para saludarle antes de su entrada en Francia. Allí celebró las fiestas de Navidad. En 26 de diciembre se puso en camino para Compiègne, donde le esperaba el duque de Borgoña; en Senlis encontró al duque de Berri. Viajaba más á menudo en litera que á caballo, pues estaba «enfermo y trabajado» por la fiebre. En Saint-Denis hizo grandes devociones á las reliquias y fué á la cripta á visitar «á los buenos señores y damas que yacían allí.»

La corte de Francia tomaba todas las precauciones á fin de evitar que se diese al emperador un signo cualquiera de superioridad. Para la entrada en París, el rey envió á Carlos IV un caballo negro, porque en estas ceremonias el caballo blanco estaba reservado á la persona del soberano. Los teóricos del poder imperial sostenían que toda realeza le estaba subordinada; pero desde hacía mucho tiempo los juristas de Francia, y muy recientemente también, alrededor de Carlos V, Raúl de Presles y el autor del *Sueño del Pastor* enseñaban que su rey no tenía más soberano que Dios y que era emperador en su reino.

Jamás en París se había visto cortejo mejor ordenado que el que entró en dicha ciudad el 4 de enero de 1378. El día 5 el emperador tuvo con el rey una conferencia secreta de tres horas. El 6 empezaron las grandes ceremonias: adoración de las reliquias en la Santa Capilla; banquete en la gran sala del palacio, con entre meses (*entremets*) figurando «la historia y ordenanza como Godofredo de Bouillón conquistó la santa ciudad de Jerusalén;» visitas al Louvre, al palacio, Saint-Paul, á Vincennes; recepción de la Universidad por el emperador con largos y pomposos discursos; visita á la reina

otras fuentes, véase á Fournier, *Le royaume d'Arles*, pág. 502, nota 1.

OBRAS DE CONSULTA.—Verunsky, *Geschichte Kaisers Karls IV und seiner Zeit*, 1880-1881. T. Lindner, *Deutsche Geschichte unter den Hapsbürgern und den Luxembürgern*, II, 1893. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de l'Allemagne et de la France*, 1292-1378, 1882. Fournier, *Le royaume d'Arles*, 1891.

y á los príncipes reales, gran consejo en el Louvre, etc., terminando todo con la peregrinación á Saint-Maur. Después de lo cual Carlos IV fué á descansar algunos días á la casa de Beauté. En 16 de enero se despidieron los dos soberanos en Plaisance; los hermanos del rey acompañaron al emperador hasta Meaux. Todos los huéspedes de Carlos V llevaban consigo magníficos recuerdos de su generosidad.

En el curso de su entrevista, los dos príncipes habían conferenciado en secreto y discurrido públicamente. En una gran asamblea de consejo, Carlos V había querido poner al emperador en el trance de pronunciarse contra Inglaterra: Carlos IV había respondido con buenas palabras, haciendo plena justicia al rey de Francia, prometiendo hacer conocer en Alemania de qué parte estaba el buen derecho, hasta recordando que, siendo muy joven, había visto en Amiéns á Eduardo III prestar homenaje á Felipe VI; había inducido á su huésped á no ofrecer condiciones de paz demasiado benignas, y criticado la mala fe de los ingleses. Pero todo esto no eran más que palabras. Al día siguiente el emperador, comprendiendo que su contestación había sido demasiado vaga, había pedido una nueva reunión del consejo; en ella declaró que «quería y ofrecía al rey ser todo suyo contra todas las personas, sostener y guardar sus bienes y su honor, los de su reino, y de sus hijos y de sus hermanos;» y hasta le «entregó una lista, donde estaban declarados y nombrados sus aliados, de los cuales él salía garante.» Pero esto también no eran más que palabras; no se había combinado ninguna acción en común.

Un concurso armado repugnaba en el fondo al emperador, á su edad, á los presentimientos que tenía de su muerte y también á todas sus costumbres políticas; pero la entrevista hubiera podido arreglar las cuestiones de detalle entonces pendientes entre el imperio y la Francia. El esfuerzo, desde hacía tiempo empezado por los reyes de Francia, para extenderse en la región, políticamente indecisa, de las orillas del Mosa, de la cuenca del Saona y de la cuenca del Ródano, había sido continuado por Carlos V: había reclamado privilegios y tratado de ejercer nuevos poderes en el Delfinado y en el reino de Arlés; el casamiento flamenco había asegurado el condado de Borgoña, que era tierra de imperio, á su hermano Felipe. El rey, por otra parte, había perseguido el designio ya formado por su padre de adquirir el condado de Provenza; había alentado al duque de Anjou, quien, con ayuda de Du Guesclín, intentó hacer la conquista del mismo; había negociado para procurarse derechos á la sucesión de Juana de Nápoles, condesa de Provenza. Pero solamente en un punto quiso el emperador dar satisfacción, y una satisfacción más aparente que real, á las ambiciones del rey de Francia. Concedió al delfín, al futuro Carlos VI, que tenía entonces diez años, el vicariato imperial, á título vitalicio, en el reino de Arlés. Este vicariato, que comprendía la mayor parte de los derechos de regalía y la jurisdicción suprema, se extendía á todo el valle del Ródano, al condado de Borgoña, á los condados de Provenza y de Forcalquier y á una parte del Piamonte. Los mismos poderes se confirieron, por acta especial, al delfín en el Delfinado y en los obispados de Valence y de Die; finalmente, dos castillos que dominaban Vienne fueron

quitados á la iglesia de Vienne en provecho del delfín. Sin duda esta concesión daba algunos derechos teóricos á la realeza francesa en el valle del Ródano, pero el provecho era insignificante. Carlos V esperaba, sin duda, más ventajas prácticas de las alianzas que concertó, á partir de 1378, con los duques de Berg, de Gueldre y de Juliers, el conde de la Marck y otros príncipes alemanes de los países del Rhin, donde era ya tradicional que el rey de Francia buscara aliados.

II.—El regreso del papado á Roma y el cisma (1)

Tres meses después de la visita imperial á Francia ocurría un acontecimiento que iba á trastornar la Iglesia y á perturbar todas las relaciones políticas: este acontecimiento fué el gran cisma.

Carlos V hubiera querido conservar la vecindad preciosa del papado en Aviñón. Siendo todavía delfín, había cuidadosamente mantenido buenas relaciones con el papa Urbano V. Una vez rey, había encontrado la asistencia solícita del papa en todos sus asuntos: paz con el rey de Navarra y arreglo de las pretensiones de este príncipe á la sucesión de Borgoña, expulsión de las compañías, casamiento de Felipe el Atrévado con la heredera de Flandes, expediciones á España contra don Pedro.

Pero el papa había resuelto volver á Italia. Roma, atestada de ruinas, no era más que la sombra de sí misma. El legado D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, un verdadero *condottiere*, había efectivamente reconquistado los Estados pontificios; pero era necesaria la presencia del mismo pontífice para gobernarlos y conservarlos. Por otra parte, la residencia de Aviñón se maleaba: el papa había sido varias veces amenazado por las compañías. Después había sobrevenido un recrudecimiento de peste que hizo perecer en la ciudad á diez y siete mil personas y diezmó la corte pontificia. Finalmente, la dignidad del papado sufría cada vez más por la «cautividad de Babilonia.» Los papas franceses, rodeados de cardenales franceses, de una corte francesa, parecían todavía más sujetos á Francia de lo que estaban en realidad. Se les acusaba de olvidar por esta causa los intereses de la Iglesia. En Italia, en particular en los Estados pontificios, á los legados franceses, á los agentes enviados desde Aviñón, á las bandas de *routiers* bretones y gascones á sueldo del papa, se les hacía responsables de una anarquía que era debida á otras causas: se aborrecía á los franceses. En esta falsa situación, los grandes proyectos formados por los mejores papas de Aviñón eran irrealizables; solamente en la independencia y en la gloria de Roma podían intentar la gran reforma de la Iglesia, que reclamaban las almas piadosas, y unir de nuevo la cristiandad contra los infieles.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Baluze, *Vita paparum Avinionensium*, 1693. Pastor, *Histoire des papes depuis la fin du Moyen Age* (traducción Raynaud), I, 1888. Rocquain, *La Cour de Rome et l'esprit de réforme*, III, 1897. M. Prou, *Etudes sur les relations politiques du pape Urbain V avec les rois de France Jean le Bon et Charles V*, 1888. P. Hirsch, *Die Rückkehr der Päpste Urban V und Gregor XI von Avignon nach Rom*, 1898. L. Mirot, *La Politique pontificale et le retour de la Papauté à Rome*, 1899. N. Valois, *La France et le grand Schisme d'Occident*, I, 1896 (obra capital, de la que en parte no son más que un resumen las páginas siguientes).

Urbano V, papa desde 1362, había desde luego considerado el regreso á Roma como necesario: lo prometió á los romanos, que le enviaban cartas suplicantes. Petrarca le anunciaba que era el elegido por Dios para volver al papado del destierro. En Italia, el gran adversario de los papas, el señor de Milán, Bernabó Visconti, como para facilitar el regreso, hacía las paces con la Iglesia romana.

En el mes de septiembre de 1366, Urbano V declaró que marcharía por Pascua. Carlos V le envió una embajada muy solemne. Se pronunció en su nombre un gran discurso. El papa y el rey, el padre y el hijo, dialogaban en aquel discurso de la siguiente manera: «Señor, ¿dónde vais?» decía el hijo. Y el padre respondía: «Voy á Roma.—¿Para haceros crucificar por segunda vez?, replicaba el hijo, que añadía: ¿No debéis, muy Santo Padre, antes que todo pensar en apaciguar las discordias que se promueven en todas partes de Francia, y devolver la paz á este pueblo en medio del cual habéis vivido, á fin de no pareceros á aquel servidor que viendo venir un lobo se escapaba, tan poco era el cuidado que tenía de las ovejas confiadas á su guarda?» Este discurso hizo impresión en el papa, á quien Petrarca escribió para ponerle sobre aviso contra las «trabas de toda clase,» con las cuales el rey de Francia quería «sujetar los pies del pontífice.»

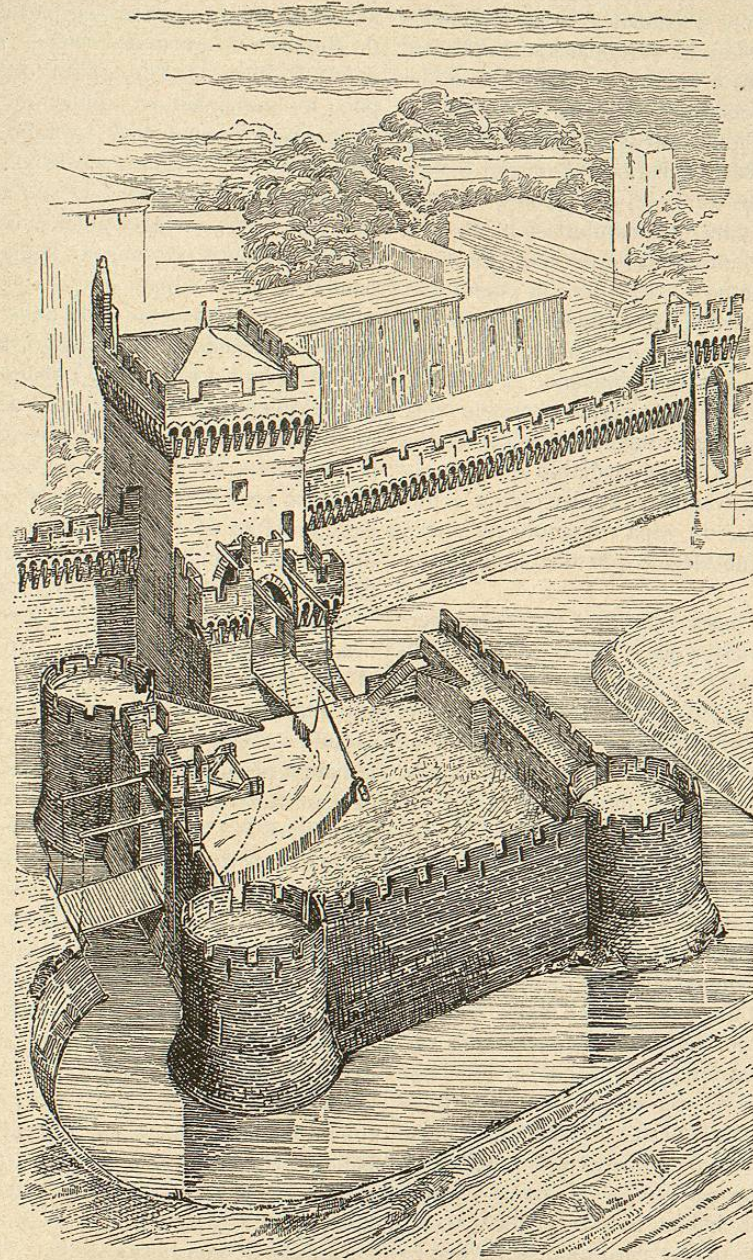
Urbano partió de Aviñón con quince cardenales en 30 de abril de 1367, y se embarcó en Marsella. En 16 de octubre, rodeado de tres mil hombres de armas, hizo su entrada en Roma, donde fué inmensa la alegría. El papa se dedicó desde luego á reconstituir la administración urbana, á reedificar los palacios y las iglesias, á reformar el clero romano, á perseguir á los herejes. La reina de Nápoles, el rey de Chipre, el emperador de Constantinopla, que había abjurado los errores de la Iglesia de Oriente para obtener auxilios contra los turcos, en fin, el emperador Carlos IV, le visitaron en la ciudad eterna. Parecía que habían vuelto los grandes días del papado.

Pero esto era una ilusión que no duró mucho tiempo. El emperador Carlos había marchado sin haber librado á la Iglesia romana de sus enemigos. El desorden reaparecía en el Estado pontificio desde que Albornoz había muerto. El papa volvió nuevamente los ojos hacia Francia. A mediados del año 1370, á ruego de los cardenales franceses, Urbano V resolvía volver á Aviñón, dando por razón la necesidad de conjurar la guerra, que recomenzaba entre Francia é Inglaterra. No escuchó ni las súplicas de los romanos, ni las censuras de Petrarca y del franciscano Pedro de Aragón, que pronosticaba el cisma, ni las de Brígida de Suecia, que anunciaba la muerte del papa. Urbano V se embarcó en Corneto en 5 de septiembre de 1370. Diez galeras ricamente equipadas fueron enviadas á su encuentro por el rey de Francia. Este regreso era un gran triunfo para la política francesa; pero pocos meses después de su vuelta, Urbano V moría en Aviñón el 19 de diciembre de 1370.

El sucesor de Urbano V, Gregorio XI, era un Beaufort, sobrino de Clemente VI, de una familia completamente adicta á los Valois; era enfermizo, tímido y escrupuloso. Dió pruebas de su buena voluntad con respecto á Francia, tratando de restablecer la paz entre Carlos V

y Eduardo III; y en su primera promoción, de doce cardenales nombró nueve franceses. Pero su piedad sincera, su celo por la reforma de la Iglesia y por la cruzada, y todavía más los acontecimientos de Italia, le llamaban á Roma á pesar de todo. Bernabó Visconti invadía

na. Catalina, hija de un tintorero de Siena, había conquistado por su austeridad mística una gran autoridad en Toscana; y prevaleciendo de ella, intentó llevar al papa y á los florentinos por las vías de la caridad cristiana. En Aviñón, con su vestido de bayeta blanca, su



Puerta de San Lázaro en Aviñón, reconstruída por el papa Urbano V

la Romaña; contra él tomó el papa á su sueldo al duro jefe de las bandas inglesas Juan Hawkwood, al señor de Couci y á Otón de Brunswick, que hicieron á sus enemigos una guerra sin cuartel. Florencia tomó partido por los Visconti; éstos fueron excomulgados y Florencia puesta en entredicho. En el Estado pontificio estalló una revuelta que se extendió desde Capua hasta Bolonia. Desde 1374 Gregorio XI proyectó marchar en breve término hacia Italia; pero, sin embargo, no se decidió.

En medio de esas violencias se dejaron oír dos voces conmovedoras: la de Brígida de Suecia, á quien la Virgen había hecho revelaciones, y la de Catalina de Sie-

manto remendado, su tez diáfana, su elocuencia atrevida y sencilla, produjo, á pesar de la malevolencia de los cardenales, una extraña y profunda impresión. No pudo dar la paz—Florencia no se prestaba á hacerla,—pero acabó de decidir al papa á escuchar el llamamiento de los romanos. Gregorio XI había precisamente conseguido que se concertara una tregua entre Francia é Inglaterra, y se negociaba entonces la paz definitiva; podía, pues, marchar. Los cardenales quisieron retenerle. El rey de Francia envió á Aviñón á los duques de Anjou y de Borgoña para impedir la partida; el papa fué de tal manera solicitado que vaciló un momento. Partió, sin embargo, y los romanos le recibieron en 17